

LAS TRAMPAS CONCEPTUALES DE LA DISCRIMINACIÓN (LIZARDI, ALTAMIARNO Y VASCONCELOS)

María Rosa Palazón
Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM

Racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro.

José Martí

En un intento deconstructivo, la parte expositiva de este ensayo revisa los prejuicios, las contradicciones y algunas artimañas del racismo. Se acompaña de propuestas (P 1, P 2... P 18.2.1) que, a su vez, pueden ser deconstruidas. Éstas forman bloques asociativos que he redactado al modo de un *tractatus*, es decir, que se apoyan entre sí. Algunas son sugeridas en la parte expositiva y otras se infieren de las mismas propuestas anteriores, o las complementan. La estructuración es, pues, doble. La invitación al lector es a que complete esta serie de propuestas.

1. *¿Raza?* Sucedáneos de los mitos, de una no precisable antigüedad, registrada en sus fórmulas rituales, como “hace mucho, mucho tiempo” o “hubo una vez”, en una época que los arqueólogos establecen con un margen de miles de años, los cuentos fantásticos simbolizaron los hechos naturales antropomorfizándolos en personajes, que caracterizaron teniendo cabellera dorada, como el trigo o los rayos del sol; ojos azules, como el cielo o el agua limpia, como lo claro e iluminado, como la mayor seguridad del día comparativamente al peligro de una cabellera, unos ojos, o una piel oscura, que, por su parte, simbolizaron la noche, las cavernas, los pozos, el inframundo. La analogía no implicó una atribución directa de valores superiores, como lo bueno o lo malo, lo bello o lo feo, lo inteligente o lo estúpido, a los humanizados símbolos. De hecho, podemos registrar con seguridad la racista doctrina del arianismo hasta 1853, cuando Arthur Gobineau publicó su *Essai sur l'inégalité*

des races; sus discípulos adjudicaron una superioridad física e intelectual a los individuos de estatura alta, ojiazules, rubios y de cabeza alargada. En aquel abismo de las épocas anteriores, se interpretaba lo claro y oscuro, el día y la noche y los atributos físicos de las personas como lo complementario. Las mismas cavernas fueron lugares sagrados, donde residen o se aparecen los dioses: las vírgenes de Guadalupe y Covadonga, dentro del cristianismo, o los aún vigentes cultos de los pueblos mesoamericanos en tales lugares sirven de ejemplos. Un texto significativo de que el racismo no fue propio de las culturas ancestrales, o, al menos, de que no estuvo generalizado, es: *Nigra sum, sed formosa, filiae Ierusalem* (Cnt. 1,4), tan hermosa y atractiva, precisa la voz de una mujer que se precia de estar coloreada por el sol, como las cuevas de Cedar y las tiendas de Salomón (Cm. 1 ,5). En el Otelo de Shakespeare ya se lee, en contrario, que Yago manifiesta la violencia y el desprecio racistas, por entonces aún no teorizados por la ciencia, cuando describe al protagonista como el negro de labios gordos que topetea a la oveja blanca.

Debido a sus traslados nomádicos, conquistas, comercio y demás intercambios grupales, desde sus albores los miembros de la especie —*homo sapiens*— se reprodujeron entre sí. La mezcla de sus genes explica la sorprendente diversidad física de los individuos y, adicionalmente, sus coincidencias y adaptaciones culturales. En las diferencias hemos encontrado el camino; si creamos, al tenor de la fusión sincera y cordial, o fraterna, triunfaremos, exhorta Vasconcelos en *La raza cósmica*,¹ aunque, observa, el aislamiento y los genocidios que han acontecido en la historia clausuran las esperanzas de que se instaure un *statu quo* universal más justo. Echando mano de “índices cefálicos” y pormenores del especialista, datos incompletos o fuera de una teoría vasta y comprensiva, afirma, se presenta al rubio dolicocefalo de Norteamérica como el término sublime de la evolución histórica y física y al negro como un salvaje eslabón cerca del mono. Y en sus “Notas de viaje” arremete humorísticamente contra los prejuicios: le provoca una carcajada,² dice, la recurrente estupidez que califica a la raza blanca, particularmente la de Estados Unidos y, en concreto, a la gente de Tennessee, como la más perfecta. El motivo de tal absurdo es, completa, que así las “manos atan cadenas, escriben reglamentos y forjan hierros para apresar cuerpos”.³

Yuxtaponiendo razones económico-sociales con interpretaciones deformadas de la selección natural, en los años en que Vasconcelos defendió el mestizaje, se adujeron pseudopruebas en contra de éste, a saber, que es fuente de debilitamiento porque disminuye la inmunidad contra la tuberculosis o la locura; y que las putas y los vagos son híbridos.⁴ No hay hibridación negativa, sino mestizajes positivos, en palabras de este filósofo mexicano, o, si se prefiere, como cualquier grupo humano es híbrido, ninguno se mantiene estable al reproducirse. Esta rica variedad favorece la supervivencia de la especie. En realidad, escribe, los prejuicios racistas son idioteces; por ejemplo, si el amarillo y el negro tienen su tufo, también el blanco lo tiene. Y añade que los latinoamericanos, pese a nuestros defectos, hemos acertado al aplicar una tradición asimiladora y de simpatía con el otro, en oposición a la suicida, a largo plazo, costumbre de los sajones de reproducirse entre sí y de exterminar a los indios ya sus vecinos mediante una sorda lucha económica y conquistas armadas; suicida porque la endogamia puede favorecer características hereditarias recesivas anómalas o perjudiciales, en tanto que las cruzas fomentan la variabilidad somática y psíquica, permitiendo que aparezcan combinaciones de factores genéticos más flexibles. Contra las evidencias de la reproducción, contra las atracciones entre los sexos, los norteamericanos segregacionistas han actuado, completo yo, como Brabancio, el padre de Desdémona, al juzgar que un negro ha de inspirar temor y no deleite a una virgen, y que si ésta lo ama, se debe a que su amor es magia contra natura.

Las etimologías consignan que quizás “raza” proviene de una forma culta de *ratio, rationis*: cálculo, índole, cuenta, modalidad o tipo de algo. Con esta última acepción se aplicó a la ganadería, y el conde de Buffon —*Historia natural, general y particular* (1791-1805)— aplicó el término a las diferencias morfológicas entre humanos, postulando también las variaciones adaptativas al clima y debidas a la alimentación. Buffon subrayó que los humanos somos la misma especie en tanto podemos reproducirnos entre nosotros, y que el mestizaje nos fusiona y diversifica. Para Juan Comas “raza” refiere grupos que “presentan ciertos caracteres somáticos similares que se transmiten según las leyes de la herencia, aunque dejando margen a la variación individual”.⁵ Para L.C. Dunn y Th. Dobzhansky, “las razas pueden definirse como poblaciones que se diferencian en las frecuencias relativas de algún o algunos genes”.⁶

variaciones que se relacionaron con el color de la piel, las proporciones del cuerpo, la estatura, la forma y el tamaño del cráneo y de la cara, de la nariz, de los labios, del grupo sanguíneo y otras muchas particularidades físicas. A más elementos considerados, mayor número de razas y de confusiones. Usando criterios de linaje o generación, Humboldt⁷ clasificó las “castas” de la Nueva España en: blancos —españoles no mezclados—; mestizos —indio y blanco—; mulatos —blanco y negro—; zambos —negro e indio—; indios o raza bronceada (no considerados legalmente casta); y malayos, o asiáticos en general, que llegaron a Acapulco debido a las comunicaciones marítimas con Filipinas. Más larga es la lista recogida por Francisco de la Maza; incluye: indio, mulato, pardo, europeo, americano, castizo —mestizo con española—, morisco —mulato con española—, chino —morisco con española—, salta atrás —chino con judía—, lobo —salta atrás con mulata—, jíbaro, albarazado, cambujo, y otras castas más, hasta llegar al no te entiendo.⁸

Pese a este embrollo, lo cierto es que antes de su llegada a América, las poblaciones se mestizaron, lo cual aplica tanto a los conquistadores de España, Francia, Holanda, Inglaterra y Portugal, cuanto a los esclavos africanos y de varias partes de los Mares del Sur, que arribaron a México a bordo de la Nao de China, y a las numerosas poblaciones prehispánicas, así como a las cruza de la totalidad de los grupos mencionados. Por lo mismo, la racista categoría de “indio”, además de apoyar el error geográfico de Cristóbal Colón, uniforma una enorme diversidad física de poblaciones, y no a “raza” alguna, si es que esta palabra tiene un significado entendible.

Las numerosas comunidades culturales de México no han tenido ningún reparo en reproducirse con los otros, y en asumir la paternidad o maternidad responsable. Susana Drucker detectó que en la zona mixteca de la costa oaxaqueña, lo cual tiene validez generalizada, si los “cruzados” “son criados por familiares indígenas, son considerados indígenas, y llevan el apellido de la madre en casi todos los casos”.⁹

Los estudios de bioquímica de las múltiples poblaciones de México han demostrado que las variaciones genéticas entre sus miembros llegan a ser del 85%. Como la mezcla de genes es, en mayor o menor grado, un hecho universal, hemos de distinguir sexo y reproducción, y ésta de la paternidad responsable. La humanidad ha tenido relaciones sexuales, muchas de las cuales han

acabado en la procreación, sin que las diferencias físicas hayan sido un obstáculo insalvable. Son los prejuicios racistas y sociales los que ha impedido que el progenitor, que se considera superior, asuma la responsabilidad de sus hijos biológicos.

No hay, pues, indios puros, según trata de establecer el calificativo vasconceliano, o la descripción novelesca de Altamirano —*La Navidad en las montañas*— de un anciano “no mezclado para nada con la raza conquistadora”.¹⁰ O su tesis de que “los pueblos de raza *pur sang*” han necesitado de la emigración, que opera como vasos comunicantes que enriquecen la sangre.¹¹ Por ende, como los pueblos originarios¹² de América no son ajenos a mezclas ni a convivencias con otras poblaciones, están latinizados, admite Vasconcelos. Pero qué quiere decir su aserción de que el indio no se ha fusionado aún cabalmente con la sangre española.

Hoy en día se ha convenido en el “no te entiendo” colonial, y con esto quiero decir que el antañoso mestizaje, que sigue dándose acausalmente, y la multiplicidad de elementos físicos diferenciales han complicado tanto las clasificaciones que la categoría de raza es obsoleta. No aparece ya en el Código internacional de nomenclatura zoológica adoptado por el XV Congreso Internacional de zoología (1962). Ahora. Optando por una solución con visos platónicos, la biología establece el “tipo” o espécimen-tipo, como el individuo único, o muestra de referencia, que determina la aplicación o soporte de un nombre científico, siendo el núcleo del taxón inmutable e indivisible. Por, lo tanto, si “raza” es, algo dinámico y una división de la indivisible especie, se trata de una mera contradicción lógica.

En otras palabras, las razas no existen porque cada grupo tarde o temprano se mezcla con otros, renovándose, enriqueciendo su monotonía física y cultural, en frases de Vasconcelos, quién, en franca contradicción, se cansó de usar equivocadamente esta categoría. El intercambio genético y de informaciones prueba, sigue diciendo este filósofo, las admirables rutas de la evolución biológica e histórica en el Egipto del segundo imperio, en Asia, en la Grecia clásica Y durante el helenismo, en la Roma de Julio César, y en Europa. Juan Comas piensa igual, raros grupos que se hayan mantenido durante algún periodo aislados han desarrollado una “alta” culturas’ “las regiones de gran civilización están habitadas por grupos humanos claramente mestizados”.¹³

A principios del siglo XX, el racismo contaminó de prejuicios científicistas y hasta míticos al mundo. A Vasconcelos también. Demos un periplo explicativo en las tumbas reales egipcias de las dinastías XVII a XXI se representaron cuatro tipos de personas los rot o egipcios, pintados de rojo; los namus, de color amarillo y nariz aguileña, los asiáticos, o quizás semitas; los nashus, de color negro; y los tamahous, rubios y de ojos azules, simplificación de los hechos que acepta nuestro autor cuando habla de cuatro razas la roja los atlantes que emigraron a Egipto y a América), la blanca, la lemuria¹⁴ o negra y la “mongol” o amarilla, que habrían de estar representadas por cuatro estatuas en el Palacio de la Educación, como símbolo de que en América se fusionarían, dando cabida a “la creación de una , raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la taza final, la raza cósmica”,¹⁵ la integral o de síntesis de las sangres, que manifestarían una cosmovisión realmente universal, Y que, por lo mismo, sería capaz de aplicar la fraternidad. Todo lo cual es, a todas luces, un absurdo que, por si fuera poco, estatiza una realidad mucho más compleja que no puede negar nunca a un deseable punto final, mientras los seres humanos vivan.¹⁶

A lo largo de los siglos XIX y XX, la descolonización mundial generado lo que Balibar partiendo de P.A. Taguieff, llama el “racismo diferencialista” y su “efecto de retorción”.¹⁷ Como de hecho las tazas humanas no son unidades, se plantea que las formaciones culturales, diferenciadas entre sí, tienen una “permanencia transhistórica”¹⁸ que es menester preservar aun en contra de las tendencias de sus miembros a integrarse, y esto porque la supresión de distancias pondría en peligro las múltiples regulaciones que aseguran la supervivencia de la humanidad. Este alegato se acompaña de una ordenación de las poblaciones en las libres, o que permiten el desarrollo de las potencialidades del individuo, último motor de la historia, y en las comunitarias, fuera de las luces y la libertad. La causa de la superioridad de las primeras y de la inferioridad de las segundas, se alega, no es biológica; pero sí tiene efectos en el desarrollo de las aptitudes o biopoderes de los sujetos y sus comunidades. Midiendo con paradigmas prefabricados, actualmente se valora a las personas y a las culturas, aplicando también los quiméricos estigmas de unos rasgos físicos (junto, por ejemplo, con el vestido que indica la pertenencia a una comunidad). En contraposición a Balibar, no creo que este fenómeno diferencialista actual sea

irreductible a modelos anteriores, sino que es una adaptación de la vieja y persistente política segregacionista, cuyo antecedente y antítesis parcial fue la decimonónica asimilación forzada, con sus resultados culturicidas (*cf. infra*).

P1. Dada su enorme ambigüedad, que se debe a la falta de criterios fijos, contradicciones lógicas y a la enorme y cada vez más persistente cruza o mestizaje del homo sapiens, la categoría de raza ha sido eliminada de las clasificaciones biológicas.

P2. El racismo es la ideología que clasifica como superiores o inferiores — inteligente o estúpido y bello o feo— a las personas, basándose en algunas características físicas, no precisadas con claridad, y basándose en su pertenencia a una comunidad humana.

P3. El racismo no ha obstaculizado las mezclas, sino el asumir socialmente la progenie y ejercer la paternidad responsable.

P4. La categoría de “mestizaje” como diferencia específica de algunas poblaciones es equívoca porque, excepto quizás en cortos periodos históricos y muy acusadamente en esta fase de migraciones masivas y de medios de comunicación eficientes, todas se han mezclado entre sí y, consiguientemente, han intercambiado genes e informaciones, teorías y prácticas.

P5. La categoría de “indio” no es biológica, sí racista.

P5.1. En México, la categoría de “mestizo” se opone a la de “indio”, o comunidades culturales no-hispanohablantes, como si los miembros de éstas fueran una y misma raza pura, negándose los racistas a admitir, incluso dentro de sus errores terminológicos, que los biológicamente mezclados habitantes del país socialmente han optado por, o han tenido que, afiliarse a una de las múltiples poblaciones dominadas o a la dominante (a la hispanohablante).

P6. En la actualidad, la segregación racista de las poblaciones se argumenta con base en la necesidad de preservar las fronteras entre modos de vida y tradiciones supuestamente incompatibles, para que no se contaminen entre sí. Este diferencialismo jerarquiza a la cultura en superior o inferior, y niega el hecho del real mestizaje biológico y cultural.

2. *La sangre*. Los latinos, escribe Vasconcelos, son un conglomerado de tipos y razas que deberían tomar muy en cuenta el factor “étnico”, es decir, la mezcla de sangres. Henos, pues, que el racismo no está desvinculado de los conceptos de abolengo y casta o linaje, e incluso que el uso de “etnia” se

inscribió en este campo semántica. Antes de la emergencia del racismo científicista, vigente en México a fines del siglo XIX y primera mitad del XX, por alguna misteriosa asociación, se hablaba de amar a los hijos porque se obedece a la “voz de la sangre”. Y dije misteriosa porque este absurdo permanece en el habla cotidiana, a pesar de que es sabido que la sangre no es la transmisora de la herencia, que se debe a los genes de todas las células del cuerpo, incluidas las que circulan en la sangre. Es incomprensible, pues, que se siga diciendo que las personas tienen un cuarto u octavo de sangre negra o india (si en Estados Unidos es negro el que tiene un dieciseisavo de “sangre negra”, por qué un hombre oscuro y de cabello crespo con uno de sus dieciséis tatarabuelos blanco, no es blanco, pregunta Comas); que hay una comunidad de sangre entre los miembros de un grupo de pertenencia, y que se diga también que los latinos contaminaron su sangre al mezclarse con razas inferiores, o, en contrario, esta apreciación de Samuel Ramos: “el indio ha influido en el alma del otro grupo mexicano [el hispanohablante], desde luego, porque ha mezclado su sangre con éste”.¹⁹ Y, por supuesto, son risibles las manías de tener “sangre superior” o no plebeya.

Sobre esto último recordemos que en las postrimerías de la Colonia, el escritor José Joaquín Fernández de Lizardi, mediante la trama novelesca deliberadamente corta de *Don Catrín de la Fachenda*, o diario pedante y engolado, describe con humor corrosivo las estratificaciones de la Nueva España, deteniéndose en las orgullosas pretensiones de las clases altas de tener un “noble linaje”²⁰ por “activa, pasiva e impersonal”,²¹ de un árbol genealógico que “adornan los brillantes libros de mis ejecutorias”.²² Dentro de la nobleza, hubo una parásita “familia”, tan numerosa como ilustre, de bien vestidos y fachendas o vanidosos venidos o menos, esto es, sin dinero, que fueron también vagos irredentos: “manifesté mi alegría al ver cuán dilatada era mi generación, pues en todas partes encontraba catrines como yo”,²³ los “limpios de mala raza y también de toda riqueza”,²⁴ pobres de bolsa, que no de conciencia jerárquica, que intentaron ser “patriarcas de las Indias”, porque sus “prendas” les impidieron servir a nadie, excepto al rey en persona.²⁵ Parásitos que estafaron siempre porque “¿Qué mal hace un catrín en vestirse con decencia [...], en no trabajar como los plebeyos, en jugar lo suyo y lo ajeno [...], en subsistir a cuenta de otros [...]. ¿Acaso esto o mucho de esto no lo hacen otros mil,

aunque no tengan el honor de ser catrines?”.²⁶ El Don Catrín lizardiano fue hijo clandestino de un “título”, reconocido legalmente y abandonado a su suerte. Esta lacra de amorales o “lumpenobleza” transitaba por la vida estafando a quienes deseaban codearse con los poseedores de “sangre azul”, heredada de unos antepasados suyos parias que, por su parte, la adquirieron en pago de los servicios que prestaron, durante la Conquista, en las dos lucidísimas carreras de las armas, hecho que en aquel entonces era valorado por los independentistas como un crimen de lesa patria; era tal crimen porque, adicionalmente, los de sangre azul tuvieron de hecho licencia para el estupro o violación de indias y negras, para matar rebeldes o para esclavizar a los “indios” bajo la engañifa de la encomienda.

Los nobles presumían de estar libres de mala sangre porque se casaban entre sí, e incluso ponían como condición para formalizar sus relaciones, las de amistad incluidas, “que su sangre sea tan buena como la mía”.²⁷ Los nobles, que escudaban su donaire en su dinero, no soportaban a los catrines, porque veían en éstos su destino futuro, a saber, el que revela el título de un folleto lizardiano *Fuera dones y galones y títulos de Castilla*. No obstante que la nobleza fue acabada en México, las posteriores burguesías comercial, terrateniente e industrial, y la cohorte de sus servidores, incluidos los burócratas gobernantes, heredaron la racista mentalidad aristocrática, porque aún difícilmente se casan con alguien de piel morena; las mujeres se tiñen el cabello de rubio cenizo y blanquean su cara, aceptando ocasionalmente broncearse. Prejuicio que han hecho suyo las clases bajas, como se lee en *El Zarcón*: “De dónde te vienen tantos humos a ti que eres una pobre muchacha, aunque tengas, por gracia de Nuestro Señor, esa carita blanca [...]. Eres tan entonada que cualquiera diría que eres dueña de hacienda”.²⁸

3. *Racismo y clases*. Juan Comas detecta la primera referencia discriminatoria contra los negros en una estela de piedra que mandó levantar el faraón Sesostris III (1887-1849 a. c.) en el Nilo, prohibiendo que lo navegaran los negros. Pero el racismo con su violencia, desprecio y humillaciones, se liga estrechamente a la explotación que implementó el menor o nulo pago de la mano de obra, y que degradó los derechos humanos del trabajador. No lejos de las visiones del mundo reflejadas por Lizardi en la novela antes citada —los oficios son impropios de mi cuna, perora Catrín, porque el de labrador “se queda

para los indios, gañanes y otras gentes como éstas sin principios”—,²⁹ en la Grecia esclavista se valoró a las manualidades como *banausía*, como lo vulgar, y a quienes las ejercían como inferiores o ser-viles. En el *Gorgias*,³⁰ Platón le hace decir a Calicles que el útil constructor de máquinas bélicas es un despreciable *banausus*, con cuyos hijos no permitiría que su descendencia contrajera nupcias. Y en la *Política*, Aristóteles afirma que los señores libres, destinados a mandar, no deben saber las técnicas para hacer las cosas, a menos de que extraigan algún beneficio, porque los oficios son propios de esclavos, y, a no dudarlo, bajo la perspectiva discriminatoria, la “mentalidad esclava”³¹ se hereda. La división entre lo servil y lo propiamente humano se trasladó a las colonias americanas, lo cual da razón de por qué el rebelde Lizardi escribió dos folletos de título por demás significativo, *No es señor el que nace, sino el que lo sabe ser* y *La igualdad en los oficios*.

El racismo clasista de Gobineau, a fines del siglo XIX, fue desarrollado en Alemania por la antroposociología, concluyendo, por ejemplo, que los ricos, generalmente vecindados en las ciudades, son los superiores dolicocefalos, mientras que las depauperadas poblaciones rurales son braquicefalos. Los mismos términos de “masa” y “pueblo” no son neutrales, sino que se conectan con la naturalización y “racialización” de lo social, anota Balibar,³² esto es, con teorías elitistas de las clases dominantes, formuladas por intelectuales que les rinden pleitesía.

En suma, en opinión de los racistas, avalada por Francis Galton, entre otros, los gobernantes, empresarios y propietarios de los medios de producción son depositarios de las reservas hereditarias más preciosas de los hombres de oro. En la actual economía, cuando los asalariados se desplazan a las urbes o a los países más ricos que los suyos, han regresado las conceptualizaciones que conectan la herencia de facultades, imperativo biológico derivado de una situación social, con el éxito, y éste con los altos cargos. Las trampas de tales parámetros adquieren fuerza profética de realización: ¿cuántos negros o chicanos en Estados Unidos, o “indios” en la Ciudad de México, ponen en duda que los blancos o no-indios son más inteligentes frente a las “evidencias” de que ellos, los inferiores, no alcanzan el mismo desempeño en la escuela o los empleos?

P7. El racismo es un hecho vinculado con la explotación, que presenta particularidades diferenciales en las distintas clases y en las relaciones de éstas entre sí.

P8. El racismo se apoya en teorizaciones elitistas, formuladas por intelectuales, que “revelan” secretos naturales de la condición humana con el hipotético fin de la superación de la especie.

P8.1. Las teorías racistas se divulgan como accesibles verdades científicas que aspiran al progreso de la humanidad.

P9. Mientras el discriminado acepte los parámetros con que se justifica su explotación, no podrá combatir la ideología que lo ataca y humilla.

3.1. *La esclavitud*. Ginés Sepúlveda justificó la esclavitud en las supuestas tendencias perversas de los indios americanos, crueles seres irracionales, cuya distancia con los colonizadores es la misma que media entre el mono y el hombre. Después de la muerte de grandes cantidades de miembros de los pueblos originarios, debida a su sobreexplotación, fray Bartolomé de Las Casas defendió la condición humana de éstos y, consiguientemente, sus derechos, lo cual no se aplicó tan claramente a los integrantes de las culturas del norte de la Nueva España. Los europeos conquistadores, hombres compuestos de oro, o sea, los magistrados y los dueños de ingenios, minas y plantaciones, y los de plata, los guerreros, según la clasificación platónica —*La república*—,³³ importaron “fuertes” esclavos, hombres de hierro y bronce, labriegos y artesanos o *banausus*, es decir, primitivos negros selváticos, de la especie *homo faber*, no *sapiens*, domables y domesticables, o sea, “semi-brutos”, “perros negros” o “cannallas demonios” que sólo obedecían al “bejuco, la cuarta y el chirrión”, y cuando no bastaban los azotes, se le aplicaban la maza y los grillos, como testimonia *El negro sensible*, segunda parte,³⁴ que escribió Lizardi a partir del drama de Comella, dedicándosela al presidente Guadalupe Victoria, que hizo efectiva la manumisión de los esclavos el 15 de septiembre de 1825. Los esclavos, continúa diciendo el texto, fueron alimentados con plátanos, maíz o yuca, sin pagarles jornal, forzándolos a separarse de sus familias, por ser “flojos, ingratos, viles y aun indignos” nacidos para la esclavitud. Fueron acusados, pues, de holgazanería, incultura, rudeza, de ser una casta de toscos y groseros, lo cual encontró eco en Gobineau, que colocó en la cima de la escala humana a los rubios y en la sima a los amarillos y a los negros, ordenándolos en una

descendente escala según su inteligencia, fuerza y belleza, porque a lomo de esclavitud vinieron los pseudoargumentos para implantarla. Para Herbert Spencer la gente de color, de menor cerebro y mandíbula saliente o prognata es la perdedora del combate donde el arma es la razón.

El racismo sirvió para amortizar las inversiones y obtener un máximo de ganancias en un tiempo mínimo: la sobreexplotación fue tal que en Haití se calculaba en siete años la vida productiva del esclavo, informa Pierre-Charles. Posteriormente, haciendo tramposas adaptaciones de la tesis darwinista de la selección natural, la muerte del negro se consideró significativa de que la raza inferior estaba destinada a ser reemplazada por otra superior. De esta aberración no se salvó Vasconcelos: en su forma no mestizada, dice, el negro habrá de desaparecer, junto con los otros recesivos e indignos de perpetuación, cuando la humanidad llegue a ser la insuperable raza cósmica.

Enfrentando la manida tesis esclavista de la falta de autonomía personal del negro, Lizardi preguntaba quién dio al blanco el poder de infringir los inhumanos dominios y abusos que empezaban con el inicuo comercio, o cosificación, de hermanos dotados de almas capaces de la virtud y del vicio, es decir, del libre albedrío. No hay respuesta válida, porque nunca la habrá, dice Martí, en las “heces que deja hirviendo una colonia de esclavitud”.³⁵ Por desgracia ocurre, observó Fanon, que “los esfuerzos del colonizado por rehabilitarse y escapar de la mordedura colonial se inscriben lógicamente en la misma perspectiva del colonialismo”.³⁶ Así, en el drama lizardiano, Catul, el esclavo, aceptando no excederse en su liberación, suplica continuar estando bajo el amparo o tutela de su compasiva y paternalista ama: siempre el racismo encuentra víctimas propiciatorias que orgullosamente se ofrecen al sacrificio que reclama la eugenesia.

Ahora bien, el mercadeo de esclavos no se detuvo en lo racial, sino que también echó mano de la marginación clasista. En prueba, los reyes de España prohibieron en 1501 que se traficara con moros y judíos apresados en las costas de África, Cerdeña o las Baleares. Y el 25 de febrero de 1530 fue expedida una Real Cédula que prohibió la caza pirata de blancos (todavía en 1798 apareció en un periódico cubano el anuncio de venta de una esclava rubia). Tampoco se reparó en minucias cuando se trajeron al Continente Americano gente delgada de los Mares del Sur —llamados racistamente chinos o cha-

les—, aunque su precio fue comparativamente menor que el de los negros. Por su condición de sirvientes domésticos, los “chinos” tuvieron suspendidos sus derechos ciudadanos hasta 1847. Ni, finalmente, la debilidad del “indio” fue tomada en cuenta cuando, a partir de 1849, con Faustino Lanz, los mayas de Yucatán fueron vendidos en Cuba.

En los actuales neoliberalismo y economía global, el esclavismo, en su forma tradicional, ha desaparecido; pero, dadas las enormes migraciones a los centros y los altos índices de desempleo mundiales, los desplazados de las periferias aceptan condiciones laborales muy por debajo de las vigentes para la mano de obra local. En esta neoesclavitud, los patrones alimentan el racismo para mantener un *statu quo* que los beneficia en grande; y los trabajadores locales aceptan y ponen en práctica la discriminación por temor a perder el empleo y las prestaciones sociales.

P10. El racismo desfigura los hechos antropomórficos y oculta las grandes contradicciones prácticas de sus teorías, porque es una forma persistente del poder de un dominio que empezó a ejercerse durante el esclavismo, y que ha adquirido nuevas modalidades en la época presente.

P11. El racismo está respaldado por la fuerza de las clases altas y del gobierno. El racismo está generalizado también porque muchos subordinados o temen perder el empleo, o quieren participar del poder dominio para sentirse, en la escala clasista, más poderosos o por encima del que humillan como inferior.

3.2. *Clases y religión.* La religión cristiana, al postular el monogenismo, defendió que no hay diferencias entre los hombres con distinto grupo de pertenencia, ni por su trabajo, ni por su género. Anteriormente, Cicerón dijo que en potencia los seres humanos son igualmente aptos y virtuosos. Para Clavijero, las almas de los indios “son *radicalmente* y en *todo* semejantes a las de los otros hijos de Adán y dotados de las mismas facultades.”³⁷ Sin embargo, Rigoberta Menchú, catequista por vocación, reconoce que “incluso las religiones están manipuladas” (p.150).³⁸ Bajo antañosos señalamientos, los “moros”, o sea la grey del islamismo, son tenidos como demonios lascivos, según fue descrito Otelo por Rodrigo. José Vasconcelos, al hablar de la mezcla “sangre castellana”, se detiene en sus “estrías judaicas” y en la “melancolía del árabe” o “dejo de la enfermiza sensualidad musulmana”.³⁹ Y además atribuye

la “decadencia” de los asiáticos no sólo a su aislamiento, sino a que no han sido cristianizados, en tanto que los indios americanos, gracias a su catequización, avanzaron “desde el canibalismo hasta la relativa civilización”.⁴⁰ Las conquistas se disfrazan de redención, escribe Fanon, o sea, de misión iluminada que arrancará de la noche de la superstición a las poblaciones en un infantilismo rampante, actualmente distinguidas como “grupo étnico” (“etnia” designó a los gentiles, idólatras o paganos, pertenecientes a una raza y a un pueblo o *etnos*). La asimilación religiosa acepta, como máxima concesión, la tolerancia; nunca el diálogo, que para serlo requiere que los interlocutores se consideren, en principio, como mutuamente informativos, porque unos se autoconciben como sabedores y emisarios de la Verdad, así con mayúsculas, que habrá de iluminar al mundo de los ignorantes.

En México, desde Cortés se enarboló la catequesis como tarea básica de la Conquista y Colonización. Los mismos catrines presumían que donde estaban no había superstición ni fanatismo, aclara Lizardi. Bajo el supuesto de que los indios no son capaces de autogobierno, porque desconocen la Verdad, en el siglo XVI se estableció la “redentora” institución de la encomienda, que fue suplida por el corregimiento, hasta que, en la segunda mitad de la centuria, a instancias del visitador Tello Sandoval, nacieron las repúblicas de indios, con sus propios alcaldes y regidores o ayuntamientos, separados de las repúblicas de españoles, cuyos habitantes conocieron a los miembros de alguna comunidad de “indios” porque llegaban a las ciudades a negociar sus mercancías y se marchaban al atardecer. Los “indios” habían funcionado, pues, en frases del reformista Altamirano, como la bestia del encomendero y el esclavo del fraile, en tanto se mantuvieron bajo tutela protectora del clero como si fueran menores de edad.

Las personalidades culturales de los pueblos originarios fueron haciéndose borrosas para los hispanohablantes, que las nombraron con un topónimo, mientras que los gentilicios los fueron reduciendo al racista término de “indio”, el primitivo, ignorante y hereje que tiene una “religión sincrética”. Esta situación da cuenta del enorme culto a la virgen de Guadalupe, que funcionó como objetora de la excusa para la Conquista y Colonización, a saber, redimir a los pueblos americanos. Lizardi escribió muchos textos guadalupanos, y en el *Diálogo Ideal entre Juan Diego y Juan Bernardino* se pregunta si después de

trescientos años de catequización, los “indios” y mexicanos en general aún seguían siendo neófitos. Luego, o esta misión había fracasado, o ya no estaba al orden del día. No obstante, como la furia contenida al estallar gira en redondo, una vez lograda la independencia de México, este autor, precursor de la Reforma y que fue excomulgado, no entendió por qué se rebelaron yaquis y mayos, y, con rabia, no economizó adjetivos discriminatorios contra su moral no cristiana: bárbaros polígamos e indiferentes a los lazos de parentesco, a los cuales el gobierno debe hacer retroceder hasta sus cabañas, es decir, mantenerlos segregados.⁴¹

Con Guatemala, Bolivia, Perú y demás países indoamericanos, los pueblos originarios de México comparten no sólo la sobreexplotación, sino la discriminación de sus mismos connacionales famélicos y parasitados, “hinchaditos como mis hermanos”,⁴² observa Menchú, que, por encima de la lucha de clases, mantienen la barrera racista que hace del “indio” “menor que el ladino”⁴³ y al no-indio “una raza mejor”⁴⁴ que cuestiona la humanidad de aquellos; por ejemplo, una de estas famélicas criaturas le dijo a la premio nobel “somos pobres, pero no somos indios”.⁴⁵

P12. Una forma de racismo utiliza argumentos religiosos (contra el *etnos*) porque sus defensores se ostentan como poseedores de la Verdad y catequistas del mundo.

P13. El racismo no es reductible sólo a un problema de clases, aunque tenga diversas modalidades en cada una.

4. *Centros contra periferias*. Platón —*La república*—⁴⁶ juzgó que para establecer una pujante comunidad de griegos, parecida a la de los animales, era menester que no se esclavizaran entre sí, sino que aplicasen este tipo de fuerza a los bárbaros, o extranjeros que hablaban mal el griego. Para Aristóteles es lo mismo ser bárbaro que esclavo. Con la presente distribución mundial del trabajo a conveniencia de los centros económicos, de donde han de salir, según creen quienes los ocupan, los gobernantes y otros mandos internacionales, y las periferias, que han de aportar los *banausus*, estas jerarquizaciones han sido readaptadas sin que cambien en lo sustancial.

Para establecer relaciones internacionales de subsunción y subordinación, se ha establecido una sinonimia entre “raza” y “poblaciones” que habitan distintos espacios geográficos, valorándolas como superiores o inferiores. La voz

de protesta de Lizardi se oyó a fines de la Colonia: “No me digas tu patria, que no quiero / Saber si eres francés o si britano, / Si natural de aquí, si forastero, / Si español de Ultramar o americano. / Un hombre hijo de Adán te considero. / Y siendo hijo de Adán eres mi hermano. / Tu virtud quiero ver, conducta y ciencia, / que en lo demás no encuentro diferencia”.⁴⁷ Y Tales voces airadas objetan las teorizaciones racistas, brazo derecho del poder de dominio, para las cuales el común denominador de lo latinoamericano es la inferioridad, lo imperfecto, la inmadurez del Nuevo Mundo.

4.1. *Racismo y medio ambiente.* La tesis de la considerable importancia de los hechos geográficos para el desarrollo de las culturas, sustentada por Platón, Aristóteles, Maquiavelo, Bodino, Montesquieu, Hume y Herder, entre otros, dio pie a que William Robertson —*Historia de América*, 3 volúmenes editados en 1788, en pleno auge del racismo europeo— Raynal —*Historia filosófica de los establecimientos y del comercio de los europeos en las Indias*— y de Pauw —*Investigaciones filosóficas sobre los americanos*—, sin faltar la *Filosofía de la historia* de Hegel, atribuyeran inmadurez física y espiritual a los habitantes desde el sur del Río Bravo hasta la Patagonia: bajos de estatura, esmirriados, sin fuerza para las faenas, son tan flojos, afirma Hegel, que los misioneros han de tocar las campanas en la noche para que estos niños inmaduros, obedientes, faltos de amor propio e ímpetu, sumisos y rastreros, cumplan con sus deberes conyugales. De *facto*, continúa diciendo, son culturas nuevas por partida doble, porque recientemente las ha descubierto Europa, el centro enjuiciador, y porque son inmaduras; por ende, a partir de que entraron en contacto con la Razón, su destino es desaparecer. Vasconcelos protestó: “somos antiguos geológicamente y también en lo que respecta a la tradición, ¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos de la novedad de un Continente?”⁴⁸ Sin embargo de que revirtió las hipótesis sobre la profilaxis de la especie, fundada en las “evidencias” geográficas, José Vasconcelos no la objeta a fondo: se equivocan los que hablan del clima adverso, escribe, porque la mayoría de las tierras se encuentran en las regiones más cálidas del globo, tan propicias para el trato y la reunión que en ellas se iniciaron y habrán de terminar las civilizaciones humanas: una vez destruidas las enfermedades tropicales, la naturaleza “luciente de claridades”⁴⁹ volverá a ser su cobijo. Y vaticina que en el Amazonas se levantará Universalópolis, donde

acudirán los huérfanos de la belleza, que casi nunca ven resplandecer el sol y pasan gran parte de su existencia en casas que parecen hospitales.

Mientras Vasconcelos libraba esta lucha, usando las mismas armas y tácticas, aunque revertidas, se dio otro racismo discriminatorio: en el concurso reciente “Vidas para leerlas”, una de las biografías ganadoras, la de Daniel Vergara Lope, narra las peripecias de este médico que desde fines del siglo pasado hasta comienzos del actual se dedicó a la antropometría para refutar a los médicos franceses que sostuvieron que los mexicanos somos una “raza” inferior, o teoría de la anoximemia, es decir que la menor concentración de oxígeno en el Valle de México produce anemia cerebral. Vergara trabajó mucho para combatir una serie de desatinadas teorías que, por lo demás, no fueron sustentadas para ser discutidas con un mexicano.

4.2. *Progresivos contra decadentes*. El racismo ha hecho suya la xenofobia, y viceversa. En la Guyana, el gobierno de Cheddi Jagan fue derrocado por la campaña orquestada en torno a que su ascendencia hindú era contraria a la negritud de la patria. Pero la negritud es un factor de unión débil, aunque es cierto que en nuestra América solidarizó a los cimarrones. Explico esta debilidad. Los esclavistas procuraron que la composición de los esclavos fuera pluricultural, y esto porque las poblaciones hermanadas por alguna comunidad de lengua y tradiciones son más susceptibles de sublevarse que las que tienen una formación diversa. Los pueblos originarios reconocen esta potencial fuerza suya. Dice Menchú que el sistema opresivo “trata de quitarnos nuestras costumbres para que nos dividamos y no exista la comunidad”,⁵⁰ su autodefensa es el secreto: “Sigo ocultando lo que yo considero que nadie sabe, ni siquiera un antropólogo, ni un intelectual, por más que tenga muchos libros, no saben distinguir todos nuestros secretos”,⁵¹ silencio de los vencidos hombres de hierro y bronce, o secretos guardados mientras pueden sobrevivir en sus poblaciones de origen. No obstante, en el actual contexto de la “economía-mundo”, calificativo de Wallerstein, cuando los “parias”, supuestamente reconocibles por unas características genéticas, se ven obligados a abandonar su “madre tierra”, su secreto va perdiéndose. Su formación no dice casi nada que interese a la “superior” cultura dominante, que establece un signo de igualdad entre ser alógenos asalariados en un centro mundial, o local, que, en cada caso, distribuye y manipula la fuerza de trabajo, y minusválidos cultura-

les, o “incultos” y “agrestes” que deben ser “domados”, en palabras de Altamirano.

Esto no es nuevo, aunque encontró sus bases ideológicas en la arraigada y persistente visión de los secretos de la historia que defendió el positivismo evolucionista, a saber, que el cambio universal pasa por las mismas y progresivas fases; que en sucesivos cronotopos, hay pueblos vanguardistas, que portan el Espíritu Histórico Universal, en palabras de Hegel, y que han de civilizar, o poner a la orden del día, a los pueblos semiatrasados o bárbaros y a la retaguardia selvática, en el entendido de que la “civilización —observa Vasconcelos— no se improvisa ni se trunca, ni puede hacerse a partir del papel de una constitución política; se deriva siempre de una larga, de una secular preparación y depuración de elementos que se transmiten y se combinan desde los comienzos de la Historia”.⁵² “Bárbaros” y “salvajes” fueron vistos como una especie de fósiles vivientes o testigos residuales de otras épocas. Bajo la influencia del positivismo de Comte, Altamirano afirma: “el arqueólogo que quisiera reconstruir una escena de la vida mexicana antes de la Conquista, no tendría más que ir a Tixtla para tener de visu los datos necesarios”.⁵³ Utilizando la terminología racista, Vasconcelos descubre el secreto progresivo del curso histórico, que se recorre con botas de siete leguas, porque en él los siglos son como días. En la Atlántida floreció, después de la civilización de los negros, la gloriosa de los hombres rojos, que tras las conmociones telúricas que destruyeron su hábitat, emigraron, expandiendo su sabiduría que “deslumbró a Egipto, se ensanchó en la India y Grecia, cambió de estirpes, se injertó en razas nuevas”,⁵⁴ Y se expandió en América; vino después de civilización de los amarillos, y ahora está en auge la de los blancos, iniciada en Grecia, cuna de la “civilización blanca”. En América, se desarrollaron las culturas maya, que dejó ruinas en Chichen-Itzá y Palenque, la quechua y la tolteca; tras cumplir su ciclo de prosperidad, esta vertiente de la “raza Atlántida” decayó “hasta quedar reducida a los menguados imperios azteca e inca indignos totalmente de su antigua y superior cultura”,⁵⁵ la de los atlantes. Entonces, para que el progreso no fuera interrumpido, llegó a América la raza blanca para su “recivilización y repoblación”.⁵⁶

Hegel dictaminó que si bien ambas Américas, bajo el predominio del salvajismo indómito, se hallaban fuera de la historia, la protestante del Norte

había llegado a la fase industrial, perfilándose como el reino de la libertad, la federación y el Estado único, que llevaría de la mano a sus incultos vecinos atrasados. Marx dio el visto bueno a la pérdida de la mitad del territorio mexicano en su frontera norte, engullido por el civilizador pueblo norteamericano. En dirección opuesta, contra el racista imperialismo sajón —“nuestro rival en la posesión del Continente”— y a favor de Iberoamérica, burlada por enemigos hábiles y sumida en el desaliento por la pérdida de su soberanía geográfica, o sonada derrota militar que se acompañó de otra moral, Vasconcelos se adhirió a un internacionalismo vasto y trascendental, que fundara étnica y espiritualmente a las personas: el ideal bolivariano de fundar una Latinoamérica unida, federada —don de profecía que aún los necios discuten— y que fue menguado por los provincialismos, con su “pueril satisfacción de crear nacioncitas y soberanías de principado”⁵⁷ y empequeñecidos héroes regionales, de modo que en tanto las patrias americanas surgen, la raza cósmica, la civilización última, espera.

Los contrargumentos vasconcelianos están en el mismo terreno conceptual expansivo, y en la misma reconstrucción progresiva del pasado, que aún son las vigentes armas del poder de dominio central. Intuitivamente quiso humanizarlas con otro secreto de la Historia, o su “ley”, que lo llevó a cronologizar progresivamente la historia en tres etapas o estados: el material, o guerrero, cuando manda la materia, la voluntad (que es fuerza), el combate, la violencia, el exterminio y la reproducción violenta. “Así vive la horda y la tribu de todas las razas”.⁵⁸ En la segunda, o intelectual o política, prevalece la razón pragmática, la voluntad frenada por el deber que, depurando instintos bajos, genera tratados y costumbres, derivados de conveniencias recíprocas. Entonces se decretan leyes y se restringen libertades en nombre de la religión, que “debería ser inspiración sublime”.⁵⁹ La tercera, estética o espiritual, estará bajo la voluntad libre, la simpatía y el gusto, la ilusión, el sentimiento creador, la fantasía y la belleza, o “misterio que es la razón de toda estética”,⁶⁰ o de todo pathos de belleza que, movido por el amor exaltado y caritativo, “liberta y engendra vida, porque contiene una revelación universal [sobre la magnanimidad], no nacional”,⁶¹ y produce dicha, o, si se prefiere, será la fase de la potencia creadora, que es “emoción de belleza y un amor tan acendrado que se confunde con la revelación divina”,⁶² que “sobrepaja lo finito, y estalla y se

anega en una especie de realidad infinita”.⁶³ En esta fase se creará la raza final, con “un tipo” superior a los que han existido. El cruce de contrarios, conforme a la ley mendeliana de la herencia, “producirá variaciones discontinuas y sumamente complejas [...], esto mismo es garantía de las posibilidades sin límite que un instinto bien orientado ofrece a la perfección gradual de la especie”,⁶⁴ o selección natural de caracteres dominantes, nacidas de la “universalidad y belleza”,⁶⁵ que conjugará los “aportes de las cuatro razas fundamentales” en el quinto y superior tipo étnico, que no traicionará los hondos afanes generalizados de novedad. Entonces llegará, además, la “nueva fase de la Historia”,⁶⁶ con una civilización eterna, con una cultura universal que habrá de producirse en América. Esta manera de ver, sin embargo, gradúa en orden creciente de valor a: las poblaciones de Lemuria, al indio, a la raza roja, que, dice, vio acabarse la Atlántida, y al blanco; dentro de las poblaciones blancas, encumbra a la “raza” de los hispanohablantes, de “nuestra España, a la Iberia común”;⁶⁷ y dentro de esta “raza” iberoamericana, a la blanca y europeizada República de Argentina como el mayor foco cultural, como el “país más fuerte y hermoso de América. Dios la bendiga por siglos”.⁶⁸ No pone en duda, además, el mito de la degeneración en América, porque “los rojos, los ilustres atlantes de quienes viene el indio, se durmieron hace millares de años para no despertar”.⁶⁹ A tal decadencia se ha agregado otra, porque los hispanoamericanos renegaron de lo más precioso y avanzado en su tiempo, a saber, la cultura ibérica: “no seremos grandes mientras el español de la América no se sienta tan español como los hijos de España”.⁷⁰ En esto se opuso a la política instaurada por los hablantes del español mexicanos que, al romper su condición legal de provincia autónoma de España, hurgaron el pasado azteca, el desaparecido imperio que hizo Mesoamérica, en su búsqueda de una identidad gloriosa con que negociar en la escena internacional, calificando, en oposición, a España de ser decadente, y a nuestra América de joven, pujante y llena de futuro. Los conquistadores, por lo mismo, fueron señalados como “holgazanes, haraganes y viciosos”.⁷¹ Para Vasconcelos, en cambio, Cortés, Pizarro y Alvarado “al ímpetu destructivo adunaban [*sic*] el genio creador”⁷² que trazó planes de las nuevas ciudades y redactó los estatutos de su fundación. La Independencia perdió, a su juicio, el “sentido histórico de la raza”: crear un gran imperio continental. Y conmina a sus compatriotas a que no culpen a los padres fuer-

tes y sabios, siendo sus descendientes los culpables de la actual decadencia de América Latina.

P14. Dada la división mundial en centros y periferias, amparándose en una noción lineal y progresiva del desarrollo, el poder de dominio asigna a los primeros el deber de civilizar a los segundos: autovalorándose como la vanguardia histórica, las personas nativas de los centros se atribuyen la salvadora tarea de imponer el progreso al mundo atrasado, lo cual significa mantenerlo subyugado.

4.2.1. *Hable usted cristiano o desaparezca*. Vasconcelos escribe que la tristeza e indiferencia de los niños indios y las mismas poblaciones amerindias de Colombia, Perú y México prueban que “la raza decae”⁷³ debido a una suerte de proceso racial aún no concretado. “El atraso de los pueblos hispanoamericanos, donde predomina el elemento indígena, es difícil de explicar [...]. Sucede que el mestizaje de factores muy disímiles tarda mucho en plasmar. Entre nosotros el mestizaje se suspendió antes de acabarse de estar formando el tipo racial, con motivo de la expulsión de los españoles, decretada con posterioridad a la Independencia”.⁷⁴

El centro de la diana a que dirige sus tiros el dominio es a la hipotética indignidad del connacional oprimido. Éste la acepta. Así, el “indio de Tixtla”, Altamirano, apostó a los efectos integradores y absorbentes de la que llamó mecánica civilizatoria: las naciones prehispánicas dejaron huellas y remanentes que demuestran que alguna vez fueron vanguardias; los aztecas fecundaron los valles del Anáhuac, siendo expertos en el comercio, la industria y las artes marciales, y unos guerreros, hombres de plata, que civilizaron, es decir, que engrandecieron a las demás “tribus salvajes”.⁷⁵ Después de la Conquista, quedaron estancados en la barbarie, completa Altamirano, apagándose la luz de su sabiduría hasta que “las razas antiguas de México [...] hoy mismo presentan el espectáculo desconsolador de un pueblo semibárbaro y abyecto, viviendo en medio de castas civilizadas, sin obtener ninguna mejora de su contacto diario con ellas”.⁷⁶ Naciones “improgresivas”, sumidas en tan crasa ignorancia del conocimiento científico, que, de no girar el rumbo, de no abrirse al llamado del progreso, acabarán en su autoconsunción.

El argumento es, pues, el *handicap cultural* que impide la asimilación favorecedora del progreso, el cambio a mejor que marca el destino de los humanos.

Tal solución, impuesta con el peso de la fuerza, optó por dos caminos: la exterminación, o bien la asimilación forzada de los “indios” a la cultura hispanohablante, la más “avanzada” de nuestra América.

Amparados en el lema de la libertad e igualdad ante la ley, y en la quimera del progreso capitalista, los ideólogos hispanohablantes se abrogaron el derecho de hablar en nombre de todos y de decretar qué elementos eran los inferiores a salvar mediante políticas integracionistas. Para estos intelectuales, el deplorable estado de los pueblos originarios se debía a su segregación colonial en repúblicas de indios, que fueron fácil blanco de la explotación y del racismo. Hablando como omniscientes, decidieron que los pueblos originarios fueran incorporados a la ciudadanía, esto es, que perdieran los fueros de sus organizaciones legales y políticas de la Colonia, e ingresaran en un racional mercado donde no tenía cabida la propiedad comunal de la tierra.

En Ideas políticas y liberales 2, Fernández de Lizardi vislumbró las futuras rebeliones de “indios”, que se han sucedido casi sin descanso durante más de cien años. De entrada cuestionó que no tuvieran diputados en el Congreso, y que los hispanohablantes se atribuyeran el derecho de determinar sus necesidades y metas: “si el Estado se compone de varias clases, todas lo representan, y excluir a alguna de su debida representación sería agraviarla e incurrir en el mismo defecto que acusamos a las Cortes españolas cuando excluyeron a las castas de las clases de ciudadanos”.⁷⁷ Ya en los primeros seis años de independizado México, este notable periodista señaló las injustas medidas asimilatorias, porque, afirmó, el discurso de que habían pasado los tiempos aciagos del despotismo español estaba en contradicción con el hecho de que los “indios” seguían tan pobres como siempre, caminando “por la posta a su total aniquilación, si las legislaturas de los Estados se desentienden como hasta aquí de esta clase útil y laboriosa”. Pero este mismo atípico escritor se burló de cómo hablaban el español estos ciudadanos, que ubicó burlescamente en Tontonapeque.

Max Müller se arrepintió de haber usado “raza aria” para designar gentes con lenguas emparentadas, porque la misma lengua la usan los racistas como excusa para oprimir al diferente. Veamos. En 1770 el arzobispo de México Antonio de Lorenzana ordenó que los “indios” aprendieran doctrina cristiana en español, porque su lengua y nación eran bárbaras. Después Altamirano,

que nunca renegó de su humilde cuna de marginado, afirmó contundentemente que debían aprender el castellano como medio para entrar en contacto con la excelsa civilización europea, y sostuvo que nada importa la pérdida de sus lenguas, aunque digan lo contrario la filología y los etnólogos, que deberían contentarse con la conservación de las gramáticas y los vocabularios ya escritos.⁷⁸ Lo interesante es que, cuando Altamirano vuelve sobre sus pasos, se horroriza al pensar que, siguiendo sus mismos planteamientos, los mexicanos podrían ser educados en inglés bajo la excusa de “iniciar a estas razas aletargadas en todos los principios de la cultura moderna”.⁷⁹ En franca coincidencia con el integracionismo, Vasconcelos sentenció que era menester educar al indio en la fuente hispana, haciéndole olvidar la huella de la sangre vertida durante la Conquista, huella maldita que no han borrado los siglos, porque “el indio no tiene otra puerta hacia el porvenir que la puerta de la cultura moderna, ni otro camino que el camino ya desbrozado de la civilización latina”.⁸⁰ Unidos, gracias a la pujanza de la raza ibérica, predice, el conjunto de los españolizados latinoamericanos serán el eje para la formación de la quinta raza universal, la definitiva, que en el futuro civilizará mediante el amor, porque sus “aviones y ejércitos irán por todo el planeta educando a las gentes para su ingreso a la sabiduría. La vida fundada en el amor llegará a expresarse en formas de belleza”.⁸¹ Pero, me pregunto, el amor ¿necesita aviones y ejércitos? Forzar la integración no es una medida amorosa, sino que atenta contra los más elementales derechos humanos. Así, en México, el resultado de las expropiaciones de las propiedades comunales indígenas y la pérdida de sus fueros, amparadas en las “salvadoras” medidas asimilatorias, acabaron sumiendo a los pueblos originarios en el mayor desamparo, y en incalculables genocidios y culturicidos.

P15 El racismo es xenofóbico. La organización mundial en centros y periferias ha sido acompañada de teorizaciones que justifican los mecanismos civilizatorios, o imposición económica, política y cultural de los primeros en los segundos, cuyos habitantes son cualificados como inmaduras razas nuevas o antiguas civilizaciones en decadencia, que, a su vez, son concebidas como huellas instructivas de anteriores desarrollos históricos, o fósiles vivientes, esto es, testigos residuales de fases históricas antiguas.

P15.1. El racismo sustenta la tesis de una evolución progresiva y universal y, a veces, contradiciendo la complejidad y auto creación de las sociedades humanas, plantea un punto histórico final. Siendo la historia progresiva, dice, el racismo xenófobo jerarquiza a los pueblos, identificados frecuentemente como razas, en vanguardias civilizatorias y en bárbaros o salvajes que han de asimilarse para que progresen.

P16. El racismo siempre es planteado como una superación física y cultural de la humanidad, sin que escuche y dialogue con los pueblos que estigmatiza como inferiores y, como tal, exterminables —genocidio—, o que han de someterse al “progresivo” presente en que viven —culturicidio.

5. *La estética o sensibilidad perdida y la ausencia de palabras.* La imaginación, tan ávida de encontrar lo sorprendente, y tan influyente en la sensibilidad o *aisthesis*, debería regocijarse con la rica variedad biológica de los individuos, con sus atractivas diferencias que los personalizan; no obstante, se halla anestesiada. No es inusual que se diga “para mí todos los amarillos (o negros, o indios) son iguales”. Así mismo, para disfrutar la belleza de cada individuo deberíamos contemplarlo, sin aplicarle cánones prefabricados; pero el racismo ha logrado perjudiciarnos hasta paralizar las capacidades perceptivas y el discernimiento propio; por ejemplo, hay quien dice, antes de conocer al otro u otra, que sólo le gusta el hombre o la mujer con unas, y sólo unas, particularidades físicas. El racismo más estereotipado atribuye la belleza exclusivamente a la gente “blanca”. En sus *Memorias*, fray Servando Teresa de Mier, editor en la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Bartolomé de las Casas, en defensa de las comunidades de aborígenes americanos, escribió que Nápoles le recordó un pueblo de indios, en especial sus morenas y feas mujeres. Del antirracista Martí son estas palabras: “De todos los hombres primitivos, es el más bello y el menos repugnante”.⁸²Y este párrafo, con una destacable conjunción adversativa *pero* es de Altamirano: “trigueño, con el tipo indígena bien marcado, pero de cuerpo alto y esbelto, de formas hercúleas, bien proporcionado”.⁸³ En *Clemencia* escribe que el moreno y raquíto protagonista “indio”, Fernando Valle, carecía de “ese moreno agradable de los españoles”,⁸⁴ porque llevaba el estigma de un aspecto “repugnante”.

Por su parte, Vasconcelos alaba a los blancos de Norteamérica, crisol de las razas europeas, como la más fecunda mezcla, comparativamente a las otras

indoamericanas, de linajes no similares. Hablando de la ruta hacia la quimérica raza cósmica, basada en voluntarias cruza inspiradas en la belleza, se detiene en los “lamurianos” o raza negra del sur y en los “indios puros”, vaticinando al respecto que se desarrollará un espontáneo “mendelismo astuto” que a ellos les será adverso: la superación del “repugnante” y “anárquico” “hibridismo” contemporáneo: irían desapareciendo los vástagos recesivos y monstruosidades abominables, o tipos bajos de la especie. Por medio de “injertos”, dice, el indio dará el salto de millares de años; se “redimirá” el negro, que ha evolucionado en mulato, y, poco a poco, sin ningún correctivo, por encima de la “eugénica científica”, por medio de la “eugénica misteriosa” de la estética, de la pasión iluminada, confirmada por el *pathos* del amor, los chinos, que hoy se “multiplican como ratones”, se harán menos prolíficos. Hoy degradan la condición humana con bajos instintos, no refrenados por la inteligencia y el sentido religioso; también éste será el caso de los malayos, a quien nadie gana en cautela, habilidad y perfidia. Termina diciendo que, lejos de las épocas de la colonización, cuando el blanco tomó a la india o negra por no tener otra a la mano, recurso de desesperados, instinto ruin y oprobioso ejecutado a la manera de las bestias, es decir, sin límites cuantitativos ni aspiraciones de mejora étnica, hecho que obstaculizó la emergencia de progenies lozanas... cuando el matrimonio sea una obra de arte, por una elección libre de la simpatía, de la curiosidad, del gusto y del desarrollo armónico, jamás por la violencia, las stirpes feas irán cediendo el paso a las más hermosas. En aquel futuro se odiará que las parejas mediocres se ufanen de haber “multiplicado su miseria”.⁸⁵ Luego, las clases altas de la “raza blanca, llena de empuje y firmes virtudes sociales, de gran refinamiento físico y de extraña belleza, aunque a la postre, decadente, no serán excluidas, sino que dominarán en esta “conquista de la libertad”,⁸⁶ porque si de esta empresa no ha de marginarse a los inferiores, menos cuerdo sería apartar a la gente excelsa.

6. *La logofobia o el ninguneo conceptual*. Las argucias del aplastante dominio se registran en el lenguaje. Así, los ciudadanos de Estados Unidos de Norteamérica usufructúan el patronímico de “americanos”, y el resto somos sudamericanos, aunque estemos ubicados arriba del Ecuador y seamos sus vecinos. También en México tal dominio ha borrado las enormes diferencias culturales con palabras racistas como “indio”, que masifica, si nos atenemos a criterios

etnolingüísticos, a los hablantes de setenta y cuatro lenguas distintas al español.

La ideología racista segrega porque se empeña en una sociobiología ciega a que la humanidad necesita de todos los seres que la componen. La humanidad pierde cuando las poblaciones desaparecen, cancelándose así la oportunidad de enriquecer su acervo de conocimientos. Desgraciadamente esta ideología ha acabado afectando a sus oprimidos porque, como bien observa Vasconcelos, “nos hemos educado bajo la influencia humillante de una filosofía ideada por nuestros enemigos [...] con el propósito de exaltar sus propios fines y anular los nuestros [...], hemos llegado a creer en la inferioridad del mestizo, en la irredención del indio, en la condenación del negro, en la decadencia irreparable del oriental”.⁸⁷

Repito que si las víctimas revierten el tiro, aplicando al agresor el mismo estigma que padecen, por ejemplo, que la decadencia viene del norte, de Estados Unidos, porque los latinos de genio y arrojo, o gente más apta, se apoderaron de las regiones más ricas de América (Vasconcelos) (aunque temporalmente hayan perdido la partida), se avala que la “raza prodigiosa del Norte”, aunando sus capacidades prácticas con la visión clara de constructores de imperios, se haya apoderado del mundo, como su destino manifiesto, abrogándose el papel de amo y señor que dispone de la economía, la política, de las personas y de su hábitat. Al jugar con las mismas reglas expansionistas, o desplazándose en la inercia, según la cual Latinoamérica ha de actuar no como una defensiva unión económico-política de diversidades igualmente valiosas, sino como la predestinada —en tanto los hispanoamericanos somos el mañana y los yanquis van siendo el ayer— a ser la reserva de la raza final, la fusionadora, el crisol del plasma germinal mundialmente redentor, según el plan de la Historia, u oculto designio, divina misión que ha de ser abrazada con misticismo, y que acontece siguiendo un ritmo, una dirección y un propósito superador de las estirpes, Vasconcelos juega con las mismas opresoras reglas imperialistas y racistas, sin poner al descubierto sus mentiras, sus incoherencias y sus verdaderos objetivos. Algo más grave todavía que las jerarquizadoras ordenaciones internas de los seres humanos, es que la víctima asuma la ideología opresora. Hecho directamente proporcional a su falta de autoestima. Así, Vasconcelos dice: “no sostenemos que somos ni que llegaremos a ser la primera raza del

mundo, la más ilustrada, la más fuerte, la más hermosa. Nuestro propósito es todavía más alto y difícil que lograr una selección natural. Nuestros valores están en potencia, a tal punto que nada somos aún”.⁸⁸ ¿Nada somos?

Quizás podríamos saber qué somos si nos escucháramos, haciendo a un lado las trampas conceptuales del poder de dominio. Ya lo dijo Domitila: “si me permiten hablar” y dialogan conmigo, podríamos enriquecer respectivamente nuestras perspectivas. Si escucháramos atentamente la voz de los vencidos, tendríamos nuevas armas teóricas para acabar con el racismo y demás abyectas formas del poder de dominio.

En México aún permanecemos en el monologismo; quizás nuestros pueblos originarios no tengan que hincarse en un despacho, como en Guatemala, según testimonio de Rigoberta Menchú;⁸⁹ pero aún no son escuchados: la petición de entrada del EZLN, en el actual levantamiento armado chiapaneco, es el diálogo para llegar a un acuerdo.

P17. Combatir lo que afirma la ideología opresora, por medio de una negación simple de sus mismas teorizaciones, o sea, contrargumentando en sus propios términos y desde sus parámetros, es permanecer bajo su dominio ideológico, incurriendo en los mismos errores teóricos o falacias que se tratan de rebatir. La solución es cuestionar la dirección u objetivos racistas y sus criterios de valoración.

P17.1. Cuando las víctimas del racismo hacen suyas las terminologías e hipotéticas argumentaciones racistas, aun cuando sus fines sean de protesta, revelan su propia falta de autoestima.

P18. La única salida para combatir el racismo es establecer un verdadero diálogo entre personas de culturas diferentes, que se escuchen con atención, con el fin de ampliar sus horizontes, de hallar un mutuamente enriquecedor punto de encuentro.

P18.1 Dialogar supone un acuerdo contrafáctico, o contra el monologismo del poder, donde los interlocutores se consideren informativos y valiosos, y se traten recíprocamente como un fin y no sólo como un medio.

P18.2. El verdadero diálogo puede abrir la posibilidad de luchar por un estado social verdaderamente igualitario y, como tal, democrático.

P18.2.1. Para establecer un estado social igualitario y democrático es necesario negar el racismo y demás formas del poder de dominio, que, por su misma orientación, están cerradas a un verdadero diálogo.

Notas

1. José Vasconcelos, *La raza cósmica*, México, Asociación Nacional del Libro, 1925, pp. 27 y 24.

2. José Vasconcelos, "Notas de viaje", en *La raza cósmica*, México, Asociación Nacional del Libro, 1983, p. 54.

3. José Vasconcelos, *La raza cósmica*, *op. cit.*, p. 69.

4. *Cfr.*, Juan Comas, *Manual de antropología física*, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 170.

5. *Op. cit.*, p. 169.

6. L. C. Dunny Dobzhansky, *Herencia, raza y sociedad*, trad. Enrique Beltrán, México, Fondo de Cultura Económica, 1986, p. 144.

7. Alejandro von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, est. prel., rev., cotejos y notas Juan A. Ortega y Medina, 2a ed. México, Porrúa, 1973, p. 51.

8. Francisco de la Maza, 1968. *La Ciudad de México en el siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 18.

9. Susana Drucker, *Cambio de indumentaria. La estructura social y el cambio de indumentaria en la Villa de Santiago Jamiltepec*, México, Instituto Nacional Indigenista, 1963, p. 99.

10. Ignacio Manuel Altamirano, *Clemencia, La Navidad en las montañas. Cuentos de invierno. El Zarco*, pról. Agustín Cortés Gaviño, México, Promexa, 1979, p. 149.

11. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XVIII. Periodismo político* 1, ed., pról. y notas de Carlos Román Celis, México, CONACULTA, 1989, p. 370.

12. Dado que: los nacidos en México somos indígenas del país; que "indio" es una terminología racista, y que "aborígenes" es una palabra que carga la connotación de primitivos. León-Portilla usa esta terminología.

13. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 174.

14. ¿Lamurianos? ¿Alusión a los ritos en honor a la sombra de Remo, o remurianos, transformado en lamurianos?

15. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 50.

16. Ilya Prigogine escribe: "ningún sistema complejo es jamás estructuralmente estable [...] imposibilidad [...] de una evolución finalizada hacia un hecho estable en que el futuro ya no sea peligroso. Evolución que deja de ser búsqueda de identidad, de reposo, para hacerse creación de problemas nuevos, proliferación de nuevas dimensio-

nes. La innovación hace más complejo el medio en que se produce, planteando problemas inauditos, creando nuevas posibilidades de inestabilidad y conmoción". Cfr. Ilya Prigogine, *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*, trad. Francisco Martín, Barcelona, Tusquets, 1982, pp. 96-97.

17. I. Wallerstein y É. Balibar, *Race, Nation et Classe. Les Identités Ambiguës*, 2ª ed., Paris, La Découverte, 1990, pp. 32-33.

18. *Op. cit.*, p. 121.

19. Samuel Ramos, *Obras completas I. Hipótesis. El perfil del hombre y la cultura en México. Psicoanálisis del mexicano. Más allá de la moral de Kant. Apéndice*, 2ª ed., pról. Francisco Larroyo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1985, p. 121.

20. José Joaquín Fernández de Lizardi, *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda en Obras VII. Novelas. La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima, historia muy cierta con apariencias de novela y Vida y hechos...*, recopil., ed., notas y est. prel. María Rosa Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, p. 585.

21. *Op. cit.*, p. 541.

22. *Ibid.*, p. 585.

23. *Ibid.*, p. 574.

24. *Ibid.*, p. 540.

25. *Ibid.*, p. 600.

26. *Ibid.*, p. 592.

27. *Ibid.*, p. 573.

28. Ignacio Manuel Altamirano, *El Zarco*, *op. cit.*, p. 315.

29. José Joaquín Fernández de Lizardi, *Vida y hechos...* *op. cit.*, p. 549.

30. Platón, "Gorgias o de la retórica", en *Diálogos*, trad. Patricio Azcárate, Madrid, EDAF, 1972, 512b.

31. Aristóteles, *Política*, versión española e introd. Antonio Gómez Robledo, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1963, 111,4, 1277 a y ss.

32. I. Wallerstein y É. Balibar, *Race, Nation et Classe...*, *op. cit.*, p. 31.

33. Platón, "La República o el Estado", en *Diálogos*, *op. cit.*, 111, p. 991.

34. José Joaquín Fernández de Lizardi, "El negro sensible. Segunda parte", en *Obras II. Teatro*, ed. y notas de Jacobo Chensinky, pról. Ubaldo Vargas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, pp. 288, 290, 311 y 316.

35. José Martí, *Obras completas 3*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 78.

36. Frantz Fanon, *Los condenados de la Tierra*, pref. Jean-Paul Sartre, trad. Julieta Campos, México, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 193.

37. Francisco Xavier Clavijero, "Carácter de los mexicanos", en *Humanistas del siglo XVIII*, introd. y selección Gabriel Méndez Plancarte, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1962, p. 5.

38. Rigoberta Menchú, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, México, Siglo XXI, 1985, p. 150.

39. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 29.
40. *Ibíd.*, p. 10.
41. José Joaquín Fernández de Lizardi, *Diálogo ideal entre Juan Diego y Juan Bernardino en Obras X. Folletos* (t811-1820), recop., ed. y notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, presentación de Ma. Rosa Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1981, pp. 17-18.
42. Rigoberta Menchú, *op. cit.*, p. 145.
43. *Idem.*
44. *Ibíd.*, p. 149.
45. *Ibíd.*, p. 145.
46. Platón, *op. cit.*, libro V, p. 1212.
47. José Joaquín Fernández de Lizardi, *El negro sensible. Segunda parte en Obras II. Teatro*, ed. y notas de Jacobo Chensinky, pról. Ubaldo Vargas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1965, pp. 444-445.
48. Vasconcelos, *op. cit.*, p. 12.
49. *Ibíd.*, p. 31.
50. Rigoberta Menchú, *op. cit.*, p.144.
51. *Ibí.*, p. 271.
52. José Vasconcelos, *op. cit.*, pp. 16-17.
53. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas V, op. cit.*, 1986, p. 40.
54. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 13.
55. *Ibíd.*, p. 144.
56. *Ibíd.*, p. 13.
57. *Ibíd.*, p. 21.
58. *Ibíd.*, p. 35.
59. *Ibíd.*, p. 36.
60. *Idem.*
61. *Ibíd.*, p. 44.
62. *Ibíd.*, p. 47.
63. *Ibíd.*, pp. 37-38.
64. *Ibíd.*, p. 39.
65. *Ibíd.*, p. 48.
66. *Ibíd.*, p. 43.
67. *Ibíd.*, p. 130.
68. *Ibíd.*, p. 189.
69. *Ibíd.*, p. 22.
70. *Ibíd.*, p. 16.
71. José Joaquín Fernández de Lizardi, “Fueras dones y galones y títulos de castilla” en *Obras XII*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 107.
72. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 19.

73. *Ibid.*, p. 130.
74. *Ibid.*, p. 9.
75. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XVIII. Periodismo político 1*, *op. cit.*, pp. 47-49 y *Obras completas V: Textos costumbristas*, *op. cit.*, pp. 38-39.
76. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XVIII. Periodismo político*, *op. cit.*, p. 204.
77. José Joaquín Fernández de Lizardi, *Ideas políticas y liberales 2*, en *Obras XI. Folletos (1821-1822)*. Ed., presentación y notas Irma Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1991, p. 260.
78. Ignacio Manuel Altamirano, *Obras completas XV: Escritos sobre educación*, pról. y notas Concepción Alarcón, México, CONACULTA, 1989, p. 202.
79. *Ibid.*, p. 219.
80. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 22.
81. *Ibid.*, p. 32.
82. Fray Servando Teresa de Mier, "Memorias" en *Fray Servando Teresa de Mier*, selec. y pról. Héctor Perea, México, Cal y Arena, 1997, p. 329.
83. Ignacio Manuel Altamirano, *La navidad en las montañas*, *op. cit.*, p. 321.
84. Ignacio Manuel Altamirano, *Clemencia*, *op. cit.*, p. 124.
85. José Vasconcelos, *op. cit.*, p. 38.
86. *Ibid.*, p. 33.
87. *Ibid.*, p. 43.
88. *Ibid.*, pp. 43-44.
89. Rigoberta Menchú, *op. cit.*, p. 144.

Bibliografía

- Altamirano, Ignacio Manuel. 1892. *Discursos pronunciados en la Tribuna Cívica de la Cámara d mencia, La Navidad en las montañas. Cuentos de invierno. El Zarco*, pról. Agustín Cortés Gaviño, México, PROMEXA (Clásicos de la literatura Mexicana).
- 1986. *Obras completas V: Textos costumbristas*, ed. y pról. José Joaquín Blanco. México, Secretaría de Educación Pública.
- 1989. *Obras completas XV Escritos sobre educación*, pról. y notas Concepción Alarcón. México, CONACULTA.
- 1989. *Obras completas XVIII. Periodismo político 1*, ed., pról. y notas de Carlos Román Celis, México, CONACULTA. Aristóteles, 1963. *Política*, versión española e introd. Antonio Gómez Robledo, México, Coordinación de Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México Bibliotheca Scriptorum et Romanorum Mexicana). Balibar, E. y Wallenstein, I., 1990. *Race, Nation et Classe. Les Identités Ambigües*. 2ª. ed; París, La Découverte.

1985. *Biblia Sacra iuxta Vulgatam Clementinam*. 8ª ed. Logicis partitionibus aliiue subsidüorata a Alberto Colunga et Laurentio Turrado, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.

Benedict, Ruth, 1983. *Race and Racism*, London, Routledge and Kegan Paul.

Burgos, Elizabeth, 1993. *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia*, 5ª ed., México, Siglo XXI Editores.

Clavijero, Francisco Xavier, 1962. "Carácter de los mexicanos" en *Humanistas del siglo XVIII*, introd. y selección Gabriel Méndez Plancarte, 2ª ed., México, Universidad Nacional Autónoma de México (Biblioteca del Estudiante Universitario), pp. 3-8.

Comas, Juan. 1957. *Manual de antropología física*, México, Fondo de Cultura Económica (Sección Obras de Antropología).

Dunn, L.e. y Dobzhanski, 1986. *Herencia, raza y sociedad*, trad. Enrique Beltrán, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 8).

Drucker, Susana, 1963. *Cambio de indumentaria. La estructura social y el cambio de indumentaria en la Villa de Santiago Jamiltepec*, México, Instituto Nacional Indigenista (Antropología Social, 3).

Fanon, Frantz, 1963. *Los condenados de la Tierra*, pref. Jean-Paul Sartre, trad. Julieta Campos, México, Fondo de Cultura Económica (Col. Popular).

Fernández de Lizardi, José Joaquín, 1981. *Diálogo ideal entre Juan Diego y Juan Bernardino en Obras X. Folletos (1811-1820)*, recop., ed. y notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, presentación de Ma. Rosa Palazón. México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 80), pp. 389-399.

-1965. *El negro sensible. Segunda parte en Obras II. Teatro*, ed. y notas de Jacobo Chensinky, pról. Ubaldo Vargas (Nueva Biblioteca Mexicana, 8), pp. 285-344.

-1991. *Fuera dones y galones y títulos de Castilla en Obras XII*, recop; ed. y notas de Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón, pról. Ma. Rosa Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 100), 399-402.

-1991. *Ideas políticas y liberales 2 en Obras XI. Folletos (1821-1822)*. Ed., presentación y notas Irma Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 104), pp. 260-269.

-1981. *La igualdad en los oficios y No es señor el que nace, sino el que lo sabe ser en Obras X. Folletos (1811-1820)*, recop., ed. y notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, presentación de Ma. Rosa Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 80), pp. 60-64 y 65-69.

-1980. *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda en Obras VII. Novelas. La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima, historia muy cierta con*

- apariencias de novela y Vida y hechos...*, recop., ed., notas y esto prel. María Rosa Palazón, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Nueva Biblioteca Mexicana, 75), pp. 535-619.
- Hegel, 1970. *Filosofía de la historia*, preámbulo y trad. José Ma. Quintana. Barcelona, Zeus (podium).
- Humboldt, Alejandro von, 1973. *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, est. prel., rev., cotejos y notas Juan A. Ortega y Medina. 2ª ed. México, Porrúa (Col. "Sepan Cuántos...").
- León-Portilla, Miguel, 1997. *Pueblos originarios y globalización*, México, El Colegio Nacional e Instituto Indigenista Interamericano.
- Lewontin, R.C., 1984. *La diversidad humana*, trad. Joan Domenec Ros, Barcelona, Prensa Científica y Editorial Labor (Bibliotece Scientific American).
- 1974. *The Genetic Basis of Evolutionary change*, New York, Columbia University Press (Columbia Biological Series, núm. XXV).
- Rose, S. and Kamin L.J., 1996. *No está en los genes*, trad. Enrique Torner, Barcelona, Grijalbo Mondadori.
- Livingston, Frank B. 1967. "On the non existence of human races" in *Human evolution. Readings in Physical Anthropology*, Noel Korn and Fred W Thompson edits, 2a ed. United States of America, Holt, Rinehart and Winston Inc., 402-412.
- Martí, José. 1975. *Obras completas 3 y 8*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales.
- Mier, fray Servando Teresa de, 1997. "Memorias" en *Fray Servando Teresa de Mier*, selecc. y pról. Héctor Perea, México, Cal y Arena (Los Imprescindibles).
- Platón, 1972. *Gorgias o de la retórica y La República o el Estado en Diálogos*, trad. Patricio Azcárate, Madrid, EDAF (Los Clásicos), pp. 297-423 y 995-1417.
- Pierre-Charles, Gérard, 1981. *El Caribe contemporáneo*, México, Siglo XXI Editores (Historia Inmediata).
- Prigogine, Ilya. 1982. *¿Tan sólo una ilusión? Una exploración del caos al orden*, trad. Francisco Martín, Barcelona, Tusquets (Cuadernos Intimos, 111).
- Ramos, Samuel, 1985. *Obras completas I. Hipótesis. El perfil del hombre y la cultura en México. Psicoanálisis del mexicano. Más allá de la moral de Kant. Apéndice*, 2ª ed., pról. Francisco Larroyo, México, Coordinación de Humanidades, UNAM (Nueva Biblioteca Mexicana, 41).
- Rosa Corzo, Gabino de la, 1988. *Los cimarrones de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales (Historia de Cuba).
- Viezzler, Moema, 1977. *"Si me permiten hablar": testimonio de Domitila, mujer de las minas de Bolivia*, México, Siglo XXI Editores.
- Vasconcelos, José. 1983. *La raza cósmica*, México, Asociación Nacional del Libro.
- Villoro, Luis, 1950. *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, Colegio de México.

Weisz, Paul, 1987. *La ciencia de la Zoología*, trad. Jacinto Nadal Puigdefábregas, Barcelona, Omega.

Woodward, Val, 1982. “Cociente intelectual (IQ) y racismo científico” y “Racismo científico” en *La biología como arma social*, trad. C. López-Fanjul de Argüelles, Madrid, Editorial Alhambra, pp. 68-98 y 98-102.